

## AURELIO, MI HERMANO ESPELEÓLOGO

En memoria de Aurelio Rubio

**Elías Rubio Marcos**  
G.E. Edelweiss

Cuando Miguel Ángel Rioseras, coordinador de la revista CUBÍA, me propuso que escribiera algo sobre Aurelio Rubio, en su faceta de destacado miembro del Edelweiss, me negué en rotundo, aduciendo que lo que yo pudiera decir o escribir estaría, a buen seguro, contaminado por una pasión incontrolada al tratarse de mi hermano.

Han pasado ya algunos meses desde aquella proposición, el vacío que Aurelio dejó continúa haciéndose sentir, y no puedo resistirme más a hilvanar algunas palabras que recuerden al Aurelio espeleólogo que yo conocí, con el que tantos momentos de glorias de barro y sufrimientos compartí en las cuevas y simas de Burgos, especialmente en las de Ojo Guareña. En realidad, toda una vida.

Los primeros pasos como espeleólogo los dio Aurelio en el gran complejo de Sotoscueva, en la ya mítica expedición Internacional de 1958, "*La Mayor Aventura Subterránea del Mundo*", como se bautizó a aquella operación que suscitó el interés de toda España y del mundo entero. Aurelio, con sus veinte años, era el más joven de los

participantes burgaleses y ya entonces despuntó como intrépido explorador.

Como es natural, yo seguí con mucho interés las andanzas de mi hermano mayor en aquella "O.G. 58", que a mí me parecían de auténtico ensueño. Y ya entonces, a tan temprana edad, a mis catorce años, tenía claro que quería seguir sus pasos. No obstante, por esas razones de edad, todavía tardaría un tiempo en ponerme a su lado en la aventura.

La primera vez que me situé junto a él en una cueva fue con ocasión de una exploración en Hontoria del Pinar. El inquieto alcalde de esta población, José Navazo, había escrito al Grupo Edelweiss para que un equipo de espeleólogos se desplazara a Hontoria y valorara (ahora se diría "pusiera en valor") algunas de las cuevas que contiene aquel término municipal, por si fueran aptas para una habilitación al turismo. ¡Ya entonces! ¡Qué visión de futuro la



Cueva Palomera. Ojo Guareña 1958.  
Aurelio Rubio es el primero por la derecha.  
Foto J. L. Urizarri. Archivo G.E. Edelweiss

de aquel emprendedor alcalde!). Para tan importante misión el Edelweiss había delegado en Aurelio y en Carlos Melgosa, a quienes me sumé por deseo expreso de mi hermano. Naturalmente, yo estaba mucho más que agradecido por que se me agregara a tan importante misión. Luego resultó que las cuevas, Negra y Blanca, que eran las que más parecían interesar, estaban muy deterioradas por tanta visita descontrolada y soportada a lo largo de los años, y el informe del grupo no podía ser otro que desfavorable. Aun así, recuerdo con simpatía aquella expedición y la gran cazuela de mejillones que nos fue servida por el Ayuntamiento en el casino de Hontoria del Pinar. Que todavía por aquella época, hace la friolera de cuarenta años, a los espeleólogos en Burgos se nos equiparaba poco menos que a los exploradores e investigadores de pirámides egipcias.

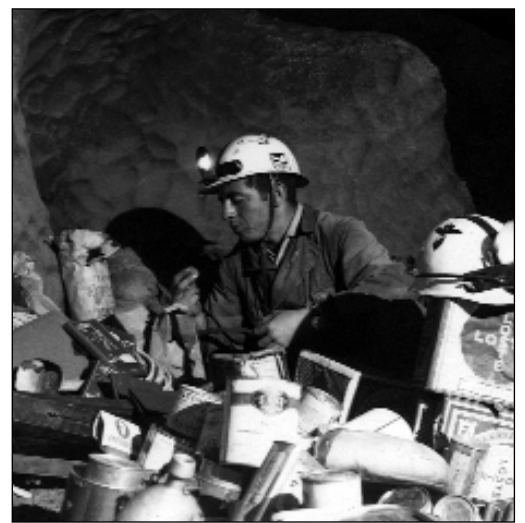
Después de aquella primera salida con Aurelio otras muchas vinieron, tantas, que llenarían un voluminoso libro. Mi hermano me había contagiado la fiebre espeleológica y lo demás fue imparable. Durante muchos años continuamos vistiendo el mono juntos, descubriendo lugares maravillosos juntos, embarrándonos y sufriendo juntos en lugares tenebrosos y de mucho riesgo. Éramos hermanos y amigos a la vez y formábamos parte de una misma cuadrilla, en una misma afición. El mundo subterráneo nos unió y por eso nuestra vida discurrió siempre paralela.

Ahora que, tras su desaparición, un reguero de lágrimas se desliza suavemente por las coladas estalagmíticas de la Sala de las Maravillas, de Ojo Guareña, que él con tanto mimo fotografió cuando todavía la vida era en blanco y negro, me vienen a la memoria siete días de encierro continuado en el sector de "Siete Lagos", con él y

con el valenciano Juan Bartolomé, aquel médico que después de su incursión en la espeleología se fue a investigar la Antártida. Fue en 1964, cuando todavía no se había abierto la Sima de los Huesos y por ello, para llegar a donde pretendíamos, hubimos de pasar en bote neumático los siete profundos lagos que se interponían. Fueron siete días de oscuridad eterna, de silencio sólo roto por el eco del goteo lejano de las estalactitas, durmiendo en sacos junto al último lago, en los que Aurelio, enfados terribles incluídos por el fallo ocasional de alguna luz, puso lo mejor de sí mismo para retratar la parte más hermosa y profunda de Ojo Guareña. La magnífica colección de fotografías que salieron de aquellos siete días, en los que tuve el honor de participar con los polvos y fogonazos de magnesio, bajo las órdenes de mi hermano, es, sin duda, una de las mejores series en blanco y negro que jamás se hayan hecho del complejo ojoguareñense. Quizá algún día -sugiero- esta serie debería ser reunida y publicada. Será pasión de hermano.

Aquellos siete días de encierro, teniendo como colchón el duro suelo estalagmítico, constituyeron para mí una experiencia única e inolvidable, y creo que también para Aurelio. Tal vez por eso los dos volvimos a coincidir en el mismo lugar en la expedición internacional de 1971, "50 Kilómetros bajo tierra". En aquella ocasión la Sima de los Huesos ya estaba abierta, por lo que no hubo necesidad de cruzar los lagos para instalar el campamento. Y fueron de nuevo otros siete días de encierro voluntario, aunque esta vez durmiendo junto al paso y sima de Mahoma y sufriendo entre el barro y el peligro de las galerías inundables de Lancaster y del Sifón Terminal. Fue aquel un campamento muy nutrido y muy heterogéneo, con espeleólo-

gos ingleses, italianos de Trieste con sus hamacas, alaveses y burgaleses. ¡Qué buenos tiempos aquellos, Aurelio! ¿Recuerdas los pitillos que nos fumábamos, encendidos en la llama de nuestros carbureros, cada vez que descubríamos algo nuevo y calados hasta los huesos? ¿Recuerdas el momento en que nuestro otro hermano, Eliseo, a quien también habías contagiado con tu fiebre de las cuevas, se percató de que caminábamos sobre las



**Aurelio en la Expedición OG-58.**  
Foto Sicilia. Archivo G.E. Edelweiss

huellas de pies descalzos y milenarias? Fuimos felices.

Y allá en el tercer piso, donde el río Guareña se introduce tempestuosamente y con gran bramido, allá estuvimos juntos también una vez más, tú fotografiando la espuma terrorífica pegada al techo de las galerías y los demás ayudándote con las luces. Una tormenta en la superficie y el agua nos hubiera arrastrado a todos desde el sumidero de san Bernabé a la surgencia de La Torcona.

A todo aquello y a muchísimo más sobrevivimos. Ahora, Aurelio, hermano, amigo, te has ido a una exploración en solitario y sin retorno, pero tu luz nos iluminará siempre.